

Papeles Universitarios

Publicación del Colegio Mayor Ysabel la Católica
Precio: 10 Ptas. Núm. 7 - Granada, Mayo 1966

Deposito Legal Gr. n.º 32-1961

Todo menos el silencio

"Es la mocedad un juez terrible, insobornable, que exige a quien pretende influir sobre él la más impecable honestidad."

José Ortega y Gasset

Como universitarios jóvenes —con lo que ello implica de necesidad de formación y deseo de una Universidad mejor en un Mundo mejor— nos resulta deprimiente la excesiva frecuencia con que vemos repetido el cuentecillo del Cabildo Catedralicio en nuestros catedráticos y profesores.

El cuento es antiguo. Aquel hombre deseaba un beneficio que había de concederle el Cabildo Catedral. Habla con cada uno de los canónigos y le prometen todos su ayuda. Pero la reunión se celebra y no le conceden lo que pedía. Estaba claro: La seriedad que le habían dado era individual, y cuando los canónigos se reunían dejaban de ser tales individuos para transformarse en Cabildo. La sorpresa del hombre de nuestro cuento ante esta explicación es del mismo tipo que la sentida por nosotros ante la actitud del cuerpo docente de nuestra Universidad.

Que España atraviesa una crisis profunda es ya tópico. Nada más natural por tanto que esta crisis se refleje en la Universidad, en la cual se manifiesta de forma cada vez más aguda y de cara al pueblo, ya que el tema universitario ha saltado a las primeras páginas de los periódicos en poco tiempo. Esta publicidad gratuita no suele ocuparse de las causas de la crisis sino de sus efectos (ruidosos y callados, razonables y exagerados), calificándolos a todos de modo abusivo y panfletario como «algaradas estudiantiles».

Ante esta situación, ante las causas y los efectos, el cuerpo docente de la Universidad ha adoptado una postura individualista y de inhibición. Por lo general, cada catedrático posee buena información y tiene un juicio de lo que ocurre. En una parte muy considerable del total este juicio lo podemos calificar de contrario a las decisiones oficiales. Pero aquí acaba todo, y hemos de conformarnos con un comentario privado más o menos reticente, sin poder encontrar una postura conjunta, no ya a escala nacional, sino ni siquiera en cada Facultad.

Poco importaría que hubiese diferentes opiniones, provenientes de diferentes tendencias en los claustros. Lo que es imperdonable es la inexistencia de estas opiniones y el reducir la vida universitaria a la explicación doctoral y algunos cabildeos marginales de añadidura.

La necesidad de que el cuerpo docente se defina ante la situación universitaria es cada vez mayor. Y el descrédito y la decepción a medida que pase el tiempo, también mayores. ¿Es que no tiene importancia la destitución de cinco catedráticos para que la siga este silencio de tumba? ¿Por qué no cristaliza de forma oficial la casi unánime repulsa de los catedráticos por los exámenes de Febrero, que unos consideran «políticos» y todos contraproducentes e ineficaces?



LIBERTAD DE CATEDRA

EL CONOCIMIENTO DE DIOS



SERENIDAD CINEMATOGRAFICA

No es de extrañar que si un ciego guía a otro ciego los dos caigan en el hoyo. Y la actual generación universitaria está viendo a sus profesores comportarse como probos funcionarios del Estado; pero no como guías y maestros que buscan la verdad con todas sus consecuencias.

La Universidad no puede, no debe, vivir envuelta en comodillas internas. Expónganse las opiniones, que hay modos de hacerlo para que todo el mundo se entere. Y si la opinión es que queremos una situación cómoda y estable, sin riesgos ni disensiones; que preferimos con Gotthe el orden a la justicia, dígase también. Todo menos este silencio opresivo.

48

en una escena suele haber más de un plano, lo que exige composición.

En realidad, si no estuviésemos educados en ver cine, los cortes nos resultarían muy artificiosos, (y en teoría, si se concibe al cine como reproductor de la realidad, lo son). En la serenidad, se nos dan percepciones, no sensaciones. Se habla a la sensibilidad, al sentimiento, no a la inteligencia. Quizás el ideal de la serenidad esté en la puesta en escena de Preminger, y que expone cuando dice: «Trato de utilizar la cámara para señalar la escena, como si ésta se viera por sí misma. Este es el único principio del que puedo hablarles, por eso siempre se efectúa de forma diferente para cada escena. Creo que la película ideal es una película donde no se percibe la mano del director, donde nunca se da una cuenta de que el director hizo nada de manera deliberada, aunque, tiene que hacerlo todo deliberadamente. Esto es la dirección. Pero si alguna vez pudiera hacer una película que estuviese dirigida tan simplemente que el público no se diera cuenta de ningún corteo o de ningún movimiento de cámara, eso, creo, sería el verdadero éxito de la dirección».

IV

El sistema ideal para la serenidad cinematográfica es la pantalla grande. Mientras más grande es y mayor es la nitidez de su imagen, más perfecta y más rica será esa serenidad. Actualmente es el 70 mm., el mejor sistema para alcanzar esa serenidad. Por eso Preminger, quizás el director más sereno que exista, ha alcanzado su madurez al encontrarse, a partir de «Exodo» con el 70 mm. Este sistema permite retirar la cámara sin que por ello dejemos de ver con nitidez a una persona que se encuentra alejada de la cámara. Lo que permite encuadrar a varias personas todo el tiempo. Este distanciamiento de la cámara del actor, lleva consigo un sosiego en la planificación, una lentitud en los movimientos de la cámara, por lo que se nos hace imperceptible casi. De aquí el fracaso de algunas escenas de «Lawrence de Arabia», que están planificadas como si se tratase de pantalla normal, a base de un montaje clásico.

Voy a comparar dos escenas de films rodados en Panavisión, y que son de resultados muy diferentes. El encuentro de Peter O'Toole y Richard Burton en la costa, a caballo, en «Becket» (Peter



Glenville), y la conversación entre Walter Pidgeon-Lew Ayres-Franchot Tone, a bordo de un yate, hacia el final de «Tempestad sobre Washington» (Advise and Consent, Otto Preminger, 1961).

A) Tras unos planos que nos muestran como se van acercando ambos, tiene lugar una conversación. Interesan los rostros los caballos, el sonido y la imagen del mar, las gaviotas, la arena, el cielo nublado y la humedad del ambiente. Pero todo queda destruido por una planificación gratuita, que descompone la escena en una cantidad extraordinaria de planos, en vez de mantenerla toda en plano-secuencia, o fraccionarla en el clásico campo-contracampo, que

si bien hubiera hecho perder la serenidad a la escena, al menos hubiera sido eficaz. (Se rompe la vida interior de la escena con esa planificación).

B) Por el contrario, Preminger rueda toda la escena en plano-secuencia hasta que los dos primeros antes mencionados se van del yate. Escena en plano 3/4, en la que las materias y las almas están presentes con una fuerza y una verdad poco frecuente, en la que existe el aire, las nubes, la poca luz del anochecer, las aves, el agua, el viento que mueve los trajes. La conversación transcurre con fluidez, y tiene el aspecto de algo vivido por nosotros. Esto es la serenidad.

Creo que lo fundamental en la serenidad está en no fraccionar la escena, por encima del sistema en que se rueda. En el no fragmentar y en el sosiego con que la cámara contemple y nos permita contemplar la vida. Godard, Franju, incluso Picasso o Berlanga son cineastas completamente serenos a pesar de que han rodado siempre en pantalla normal. (Godard últimamente ya ha rodado «Pierrot le fou» en Scope).

La serenidad es el triunfo de todo cineasta auténticamente moderno. De Hitchcock a Truffaut, pasando por Mann, Ray, Mackendrick, Cottafavi, Rosellini, Becker, en cierto modo Antonioni, los ya mencionados más arriba, y tantos cineastas europeos o americanos llenos de espontaneidad otros, libertad y frescura, y no, como se pretende, los pedantes y rígidos Frankenheimer, Granier, Define, Bardem, Bolognini, Cavalier, y un largo etc. en el que se encuentran la mayor parte de los jóvenes americanos e italianos.

Bernabé López García

Cuando la Universidad se comercializa

grama desarrollado a lo largo del curso y aprobado por la autoridad académica, constituye una situación anómala y viciosa, evidentemente injusta para los restantes estudiantes que han de someterse a lo legislado.

Es menester dejar bien sentado que la Universidad no es ningún mercado de compra-venta, ni un lugar de recreo y murmuración para que ejerzan bajas políticas aquellos que no se atreven a ejercerlas a niveles más altos, ni el sitio llamado a incubar noviazgos más o menos románticos; que en ella ha de existir una vida intensa en los laboratorios y seminarios, y no en los pasillos y en los bares, y que a todo aquél que desee permanecer en su seno se le ha de tolerar que esgrima como únicas armas dignas su inteligencia y trabajo, y no su largueza, bondad o simpatía, que siendo indudablemente virtudes resulta ridículo reivindicarlas aquí.

De otra forma se convertirá la Universidad en el hazmerir de propios y extraños, en un refugio de vividores e indesables, y en una desilusión para los que llegaron y permanecieron en ella esperando encontrar una forma digna de vida.

No olviden nunca los que tienen la autoridad en su mano que una arbitrariedad por ellos cometida puede conducir a resultados inesperados, porque la dignidad humana toma en muchas personas unas dimensiones lo suficientemente grandes como para que no representen nada factores de otro tipo. La famosa frase «más vale morir de pie que vivir de rodillas» tiene aún, aunque pocos, algunos adeptos.

Julio López Gorgé.

Cuando la Universidad se comercializa

Ultimamente se vienen discutiendo con bastante frecuencia problemas que de una forma más o menos directa, afectan a la Universidad. Ciertamente los hay que tienen raíces muy profundas, y son por su misma naturaleza de solución difícil y lenta, cuando no requieren una postura completamente revolucionaria, difícil de esperar en las circunstancias actuales. No es mi intención entrar en este terreno, ya que problemas de tal envergadura se me escapan de las manos, y si personas más autorizadas que yo se ocupan de ello sin despertar la más mínima reacción en el medio que les rodea, fácil es deducir cual será el fin que les espere a mis opiniones.

No obstante, y aún a riesgo de acabar en el cesto de los papeles, quisiera llamar la atención sobre un hecho, si se quiere insignificante, pero no por ello menos vicioso, y que se va introduciendo de una manera cada vez más extensa en el ambiente universitario. Siempre se ha hablado de lo triste que a veces resulta el contemplar el choque, recién salido de la Universidad el estudiante, con lo que le esperan unas circunstancias muchas veces nada favorables, y en virtud de ello se ha pretendido justificar la adopción por parte de éste de posturas poco idealistas y si muy materializadas, a fuerza de soportar los golpes de una fortuna adversa.

Clásicamente se han tenido las aulas universitarias como recintos en los que aún no habían asomado cabeza los afares mercantilistas, y bastaba un intento de complicidad de un estudiante con alguna persona más o menos ligada a la Universidad, para que inmediatamente se pusiera el grito en el cielo en defensa de los puros intereses universitarios. Pero parece ser que a tiempos nuevos, nuevas ideas, y hoy resulta familiar ver los recintos universitarios transformados en salas de contratación de «enseñanzas» particulares más o menos masificadas, de «enseñanzas» standardizada impresa, ideal para el aprobadete aséptico, y de otras muchas facilidades que se ponen al alcance del estudiante, y por supuesto no gratuitamente, sino a tanto la hora y a tanto el folio. Y a veces con su propaganda montada.

Todo esto, que ya resulta lamentable cuando sucede a espaldas de la Universidad, toma tintes repulsivos cuando tiene su origen dentro de ella y es ejercido por personas más o menos ligadas a la actividad docente. Y vayamos con el hecho en cuestión.

Desde hace unos cuantos años se ha tomado como costumbre, especialmente en determinadas Facultades, el que se admita en el seno de algunas Cátedras, ya sean laboratorios, seminarios o clínicas, a un número mayor o menor de alumnos, que bajo el pretexto de desempeñar una misión en la vida de los mismos, pretenden, y de hecho consiguen, aprobar la asignatura o asignaturas en cuestión, haciéndole un quiebro al programa que rige para todos aquellos que no sienten ese impulso vocacional.

¿Es lícito y moral todo ello? En primer lugar quisiera puntualizar que la mayoría de las actividades que estos privilegiados desarrollan son muy ajenas a una auténtica labor científica, de acuerdo con la disciplina de que se trate, y que en cierto modo podría justificarse ese «toma y daca» que en estos casos se establece entre profesor y alumno. Y digo que sólo en cierto modo podría servir de justificación porque entiendo que cuando un alumno manifiesta deseos de entrar como interno en un laboratorio o clínica, el llevar consigo otro pensamiento que no sea el de conseguir una mayor formación práctica, es un hecho aberrante y antiuniversitario, como antiuniversitaria y aberrante es la postura del que lo tolera.

Pero es que el problema toma unos tintes mucho más negros, que si no fuera por lo tristes podrían parecer incluso divertidos por lo absurdos. Es un hecho que ha tomado carta de naturaleza el encontrarse en muchas Cátedras con alumnos traductores, dibujantes, archiveros, etc., que pretenden, a cambio de sus servicios como tales, desembarazarse de una asignatura incómoda o esquivar a un profesor exigente; y aún llegan a aspirar, ya graduados, a continuar su labor «científica» alternándola, claro está, con las otras ya mencionadas de a tanto la hora y a tanto el folio.

Eso sí, dibujan muy bien, traducen de corrido, escriben a máquina a la perfección y tienen un gran sentido de la organización, y por ello resulta penoso el ver que no dediquen sus esfuerzos a actividades más en consonancia con sus aptitudes, y pretendan por el contrario el conseguir un título que, a fin de cuentas, sólo les va a servir para comer y desprestigiar a su profesión, aunque parece ser que a muchos de ellos les es suficiente con lo primero, y les trae sin cuidado lo segundo. Pero es que, además, todo ese aparato de traducciones, dibujos y archivos no se sabe muchas veces qué fin persigue ya que pasan los años y no se consigue ver nada detrás de todo ello.

De esta forma resulta que el tener una habilidad para el dibujo o ciertas aptitudes mecanográficas constituyen a lo largo de una licenciatura unos hechos tanto o más fundamentales, por lo que a la consecución de un buen expediente se refiere, que el poseer una especial intuición para la física o un gran sentido matemático. Resulta evidente que estas posturas son inmorales y antiacadémicas por parte del que las pretende y por parte del que las tolera, sin justificación de ninguna clase, sentimental o de cualquier otro tipo, y pueden a la larga causar perjuicios a terceras personas, la responsabilidad de los cuales cae en gran parte sobre aquéllos que de una forma tan alegre toman la misión docente que la sociedad les encomendó.

Si la insuficiencia de medios económicos del departamento o laboratorio intenta ser tomada como justificación de esta postura, por igual motivo habría de tolerarse el asalto a los bancos para hacer obras de caridad. No, no es ese el camino, sino otro muy distinto. En cuanto al estudiante que tal intenta, no existe justificación posible para él, pues por salir, en el peor de los casos, de una situación económica insostenible, caería en otra de franca degradación moral. Y creo que es salir perdiendo.

Todo aquello que no sea una prueba de suficiencia sobre el pro-

(Pasa a la página anterior)

READ, MARK, LEARN and INWARDLY DIGEST

Los problemas más gordos de los universitarios españoles son, sin duda, las cuestiones de representación adecuada y de libertad estudiantil. No quiero meterme en este asunto ahora porque cada uno tiene sus propias ideas y sería inútil que yo dijera más. Sin embargo, dejando aparte lo político, es posible criticar el sistema universitario de España al fijarse sólo en sus aspectos concretos. No pretendo tener razón por completo, porque de las universidades españolas no conozco más que la de Granada y ésta apenas bien. Pero sí sé lo que es el sistema en Gran Bretaña y sugiero que quizás sirva para algo ofrecer unos cuantos puntos de comparación. Mis observaciones se dividen en las tres partes de la vida universitaria que, según veo yo, son enseñanza, organización y ambiente.

El método de estudiar aquí me parece triste y ridículo. Puede que tenga algo que ver con el carácter español, pero yo me sentiría incapaz de trabajar bien bajo condiciones parecidas. Con lo mucho que se puede hacer preguntas, discutir o consultar con el profesor, ¿cómo pueden bastar clases que no son más que breves conferencias monótonas? Nosotros tenemos estas clases también, por supuesto, pero normalmente son voluntarias, mientras la parte importante consiste en las sesiones con el director de estudios. Hay uno de estos correspondientes a cada rama de la materia de la carrera, y los estudiantes van a verlos solos o en grupos de dos o tres. Además, en algunas universidades modernas inglesas hay seminarios a donde van grupos de nada más que diez personas. El método de trabajar varía de sitio en sitio, pero en general hay que escribir cada semana un ensayo para cada director de estudios, presentárselo y prestar atención en lo que dice él sobre el contenido —y a lo mejor discutir desde distintos puntos de vista. Así se prepara uno para los ensayos que existen los exámenes y se hace toda la investigación aneja al tema del ensayo individual. En cambio, aquí en España parece que la única manera de estudiar es apuntar «verbatim», pasarlo a limpio, y aprenderse para el examen (que siempre cae dentro de unas pocas semanas). Teniendo en cuenta que la Universidad debe ser un sitio donde se desarrolla la inteligencia (por lo menos esto es lo que pensamos nosotros) me pregunto qué tiene que ver la inteligencia con este método tan aburrido.

Si la enseñanza me parece absurda y anticuada, no me lo parece tanto la organización, la administración académica. Pero todavía hay unas diferencias bastante grandes. Por ejemplo, con el número limitado de facultades en cada universidad, la administración debe ser muy fácil, recibiendo cada alumno exactamente la misma atención que otro. En cambio, puesto que las facultades son grandes, la administración es impersonal hasta cierto punto. Las universidades británicas están divididas más bien en colegios mayores y escuelas, es decir en unidades más pequeñas. Cada escuela tiene la misma independencia que tiene aquí la facultad. Por ejemplo, Geografía, Química, son unidades formando parte de la Universidad pero aisladas por completo de una Facultad de Filosofía y Letras o de Ciencias (que en este plan simplemente no existen). De este modo el alumno se siente personalmente más cuidado en su carrera, caso que no parece ser corriente en España.

Además, no veo en España ningún sistema justo para decidir quién vaya a qué sitio para estudiar qué carrera, aunque en este momento con los pocos estudiantes que hay en este país, tal vez no hace falta ahora mismo una organización para eso. Claro que la educación depende aquí de la riqueza del padre, pero también factores geográficos entran en el asunto mucho más que en Inglaterra, donde toda materia se estudia en todas las Universidades. Allí hay una red nacional que organiza la entrada a la universidad según preferencias de lugar y carrera. Esto asegura que todo estudiante que tenga certificados de bachiller y quiera estudiar más, puede hacerlo con relleno una solicitud y después presentarse en las universidades para entrevistas para ver si cabría bien en el régimen. Y tendrá una beca grande para estudiar a gusto.

Sin embargo, lo que más salta a la vista es la diferencia inmensa que hay en el ambiente de los dos países. No sé si pasa igual en otras partes de España pero en Granada encuentro la Universidad y sus colegios como una máquina de memoria. Los exámenes son tan frecuentes que hay que estudiar sin parar casi todo el curso excepto durante un par de horas diarias. En Inglaterra se examina solamente al final del curso, y en Oxford, que conozco mejor, solamente al final de la carrera —así que todos tienen un año de trabajo pero muy pocas preocupaciones acerca de exámenes inminentes. La ventaja doble de esto, claro está, es que en los exámenes finales se piden pruebas de todos los conocimientos de la materia y que más tiempo se puede dedicar a cosas que no sean rigidamente académicas. En España, al contrario, con exámenes constantes tiene uno que pensar todo el tiempo en ellos y después los temas aprobados pueden pasar fácilmente de la memoria para siempre. ¿Qué vale esto? En Inglaterra, mientras se aprende, las autoridades permiten, hasta incitan, al estudiante a participar en la administración o funcionamiento de algunas actividades colegiales o universitarias. Hay clubs o círculos para aficionados de cualquier interés, sea cultural, político, religioso o deportivo. Constituyen una parte íntegra de la vida estudiantil y se encuentran a menudo para charlas, debates, paseos, ensayos, práctica según la forma que tome la actividad. En Oxford hay más de trescientos de estos clubs y todos distintos. En España los intereses fuera del estudio son pocos y lo que más se prefiere en el tiempo libre es el deporte, el beber y el «lique». ¡Cuanto más rica es la vida de un estudiante fuera de España! Bebe, juega y «liga», pero hace mucho más —va haciéndose una persona completa en la universidad misma. Siento que aquí hacerse mayor al mismo tiempo que estudiar es posible solamente en algunos casos.

Estas impresiones son personalísimas y quizás tengan más que ver con mi propio temperamento que con el estado actual de las cosas. Pero la palabra que más se me ocurre acerca del sistema universitario español es primitivo.

Todo con el máximo respeto.

Anthony J. Newton

AL-HOCEIMA

Por Antonio Peral del Valle

«...en el telar de Beni Sidel había un ladrón de rocío». (Miguel Fernández. «La primera cosecha»).

Fuera se iban sucediendo con precisión los latidos de la tierra y del mar. La tarde bajaba lentamente sobre Al-Hoceima. La voz del almuédano fue apagada por el sonido de una sirena. Allí, una gaviota se lanzó en picado sobre las aguas y otra subió hasta la torre del faro. Un niño tiró una piedra al agua y quedóse contemplando los círculos que se formaban. Más ancho, más ancho, más... sobre el último círculo pasó una trainera golpeando rítmicamente el silencio de la tarde. Al otro lado, el mar jugaba a fecundar los arrecifes.

Zohora abrió la ventana y la sirena volvió a sonar. Pensó en el mar, y en Admeh. El mar, dos calles hacia abajo. Admeh, siempre quiso ser pescador. Aquel deseo fue cuando ya habían comprado el cafetín. Demasiado tarde. La última cosecha había quedado en Bab-Chicar. Después Admeh llevó a Zohora a ver el mar, y ella al ver al «Cabo Páez» soltar amarras preguntó si los barcos araban. La risa fresca de Admeh que había estudiado la primaria en el Hispano-Marroquí, y Zohora oyendo con la boca abierta las rústicas explicaciones náuticas de Admeh. Y Admeh más tarde, paso a paso y beso a beso, dibujando un arco en la blanca curvatura de su vientre fecundado.

Trató de no pensar. Terminó llorando y sintió deseos de huir, correr a través del bosque, como cuando era niña. Sin embargo ahora Bab-Chicar quedaba lejos...

Una fría ráfaga de poniente la hizo volver a la realidad. Miró su abultado vientre y sintió frío. Un frío que le atravesaba de lado a lado. Se frotó las manos y comenzó a temblar. Separándose de la ventana, acabó por tumbarse en la estera boca arriba. A su lado, el perro boca abajo, se lamía ruidosamente los genitales.

—«Debo estar mala»—

—«no sé por qué tiemblo»—

—«Per... ¿Y si fuera esta noche?»—

—«Me da mucho miedo la noche»—

El frío que entraba por la ventana le obligó a levantarse para cerrarla. Una punzada en el costado derecho. Luego, como si le apretasen con un cinturón la cadera. Como si un cinturón de goma y músculos se distendiese alrededor de su cadera. Reparó de pronto en que un cajón del armario estaba abierto, y al cerrarlo sintió que el cinturón le desgarraba la cintura. Se mordió los labios esta vez. Dio unos pasos desconcertados y volvió a tumbarse en la estera.

Entró la madre. Zohora gemía. Por un momento se sintió aliviada, la presencia de la madre siempre la aliviaba. —«Quizás no sea hoy»— dijo la madre. Pero Zohora ya no podía oír nada. Sobre su mente se asomaban extrañas figuras. Un pelo que se iba haciendo monstruosamente grande, y que la iba asfixiando. Un caballo que la pisoteaba. Una bayoneta que la atravesaba. Y entonces... se le aparecía el legionario. Con la grifa saliéndosele por los ojos, cerrando tras de sí la puerta del cafetín. Tambaleándose. Zohora retrocedía contra la pared, trataba de huir. Gritaba desesperadamente.

—«Los ojos, los ojos»— gritaba estremeciéndose de dolor en la estera. El deseo. Los ojos del legionario. Entonces Admeh. Y de nuevo los ojos. Los ojos de Admeh inyectados en sangre. La sangre en el cuchillo. Y la muerte en el camino. El camino de la comisaría.

—«Zohora, Zohora»— la madre procuraba calmarla. —«Todo saldrá bien»—. Todo daba vueltas. La pared, el techo, la madre, el cuadro, y el perro que se buscaba la cola.

—«Perro, perro»— gritaban los soldados en el juicio.

—«Bastaaaa» —«No puedo aguantar más»—.

De nuevo la madre. —«Todo saldrá bien». —«Todo...»—

Todo el mundo le miraba por la calle. Volvió la cabeza de lado y volvió a verse declarando frente a aquel sucio comisario que se rascaba constantemente la axila izquierda por debajo de la chaqueta y que la miraba como la había mirado el legionario.

—«No sé firmar. No sé firmar»— el sudor le empapaba la frente.

—«¿Y por qué no sabe firmar?»— las voces del comisario ahora le saltaban los tímpanos.

De sus labios salió un gemido.

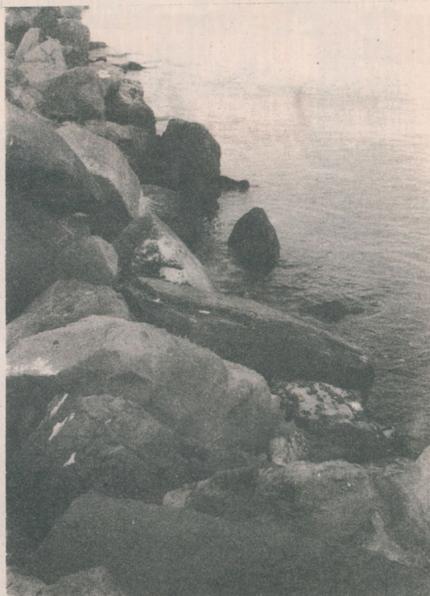
Y en el aire quedó la sentencia.

Quedó en presidio.

...

—«Dicen que nos han dado la pandencia»—.

—«El rey se llama Mohamed»—.



Un grupo de indígenas conversaban animadamente alrededor de una fuente. Con los pies anchos y descalzos, esperaban que sus cántaros se llenasen. Generación tras generación de un pueblo sometido había pisado un extenso barrizal mientras esperaban el turno para llenar el cántaro. Pero no importaba. El agua era buena, y en verano el sol era espléndido. Bronceando alternativamente dos pueblos frente a frente. El uno en la playa. El otro en la montaña. El uno, se formaba de arena. El otro, como los trozos de su costa. Mitad de roca y mitad de escarpadura...

Lentos, altos y ruidosos, los camiones del ejército llevaban varias semanas en un constante ir y venir, empeñados en la tarea de trasladar sus cuarteles. Por carretera, y atravesando la meseta, llevaban los restos de un grandioso imperio colonial, hacia allí, donde, más antiguo que Navarra, aun no se entregaría a Marruecos. También por mar salían barcos cargados de enseres, caballos, mulos, y soldados, muchos soldados.

Para el desplazamiento final habían quedado los legionarios.

Por fin, llegó el día de la última caravana. Los caminos atravesaban lentamente el centro de la ciudad. En ellos, los soldados entonaban canciones eróticas y vigilaban atentamente las aceras. Sus gritos eran «virilmente» desesperados. Piropos inabarcables a una femenina muchedumbre como hirviente gusanera. Y el legionario, el valiente y leal legionario, comiéndose con los ojos a la «jembra». Y cuentan, y el cronista apuntó en su diario, que la «jembra», alimentando el arroyo fecal de las aceras, el escote bajando y la falda subiendo, seguía la caravana en un afán de desnudez que jamás logró. Pero en peremne promesa incitante.

Cerraban el cortejo algunos Land-Rover, donde, los jóvenes oficiales lanzaban besos de despedida a las jovencitas de la buena sociedad. Y éstas respondían, agitando los pañuelos. Los senos erectos y agresivos. Las ancas en lascivo contoneo.

Un cura castrense contemplaba sonriente el cortejo.

El loco del pueblo lloraba amargamente en una esquina. Acabaron perdiéndose en la lejanía.

En el aire quedó un profundo olor a podrido y a cuartel.

Silencio.

De pronto, rumor de pasos.

Y un grito.

Un grito inhumano que trataba de ser contenido. Un grito como el de los condenados en la hoguera por la Inquisición.

Un golpe seco.

Como un cañonazo que sale del propio cuerpo, que se queflotante, hueco...

Un chacal aulló en la lejanía. La independencia había llegado a Marruecos.

En una casa del puerto, un niño nacía entre olores de thé y yerbabuena.

La "nueva novela" francesa

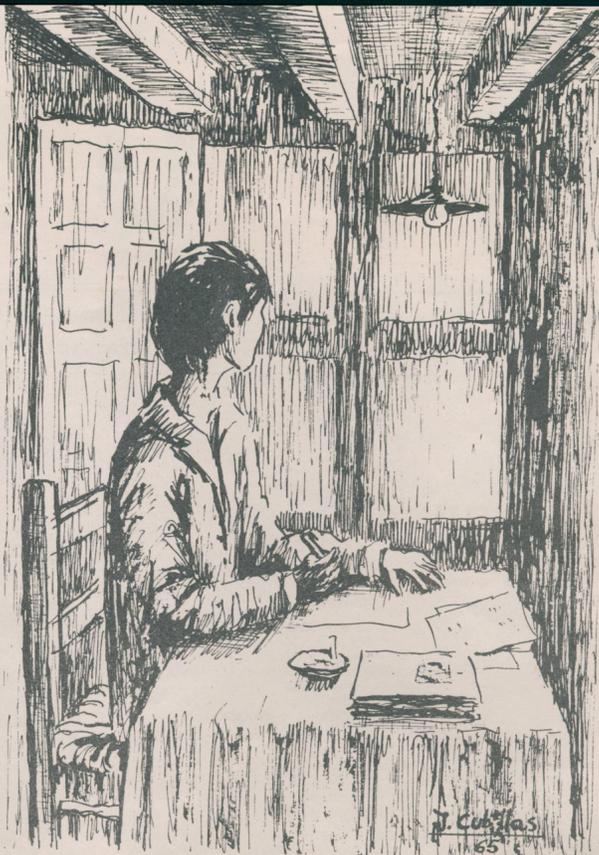
Alrededor de los años 1950-55, el mundo literario francés se encuentra frente a un tipo de novela que rompe con las tradiciones novelísticas de Francia, y que, como toda innovación, desencadena una serie de críticas, las cuales no han, aún, terminado. Los periódicos se interesaron en la polémica y pronto apareció el término de «nouveau roman» para calificar este tipo de novela, cuyos más destacados representantes y teóricos son Alain Robbe-Grillet, Nathalie Sarraute y Michel Butor. ¿En qué consiste el «nouveau roman»?

Dar una definición de la nueva novela es casi imposible, ya que los mismos teóricos cuando intentaron exponer su doctrina no sólo no consiguieron ponerse de acuerdo, sino que incluso llegaron a resultados muy diferentes en sus obras.

La nueva novela no es negación de la novela tradicional; es algo totalmente distinto. En efecto, la novela tradicional francesa, cuya figura central era Balzac, se basaba en cuidar con esmero la intriga y los personajes; a éstos había que presentarlos como vivos, plantearlos como caracteres o tipos humanos. Preocupaba a los novelistas de aquel entonces el estudiar la evolución de sus protagonistas en un tiempo y en un espacio bien delimitados, el provocar en momentos privilegiados unas crisis pasionales, una fatalidad de acontecimientos o de situaciones. «Ya que lo que importa ahora es, más que alargar infinitamente la lista de los tipos literarios, mostrar la coexistencia de sentimientos contradictorios y hacer palpables, en cuanto sea posible, la riqueza y la complejidad de la vida psicológica. El escritor, con toda honradez, habla de sí mismo», afirma Nathalie Sarraute en «L'Ere du Soupçon».

Conforme se va avanzando en el tiempo, nos damos cuenta de que los autores modernos a través de sus personajes y de lo que les acontece nos mandan noticias de sí mismos. Y pronto, sólo esas noticias acaban interesándonos. Autores y lectores tuvieron cada vez menos afán por la invención novelística para concentrarse en lo que ésta oculta y revela: la manera particular que tiene un hombre de estar en el mundo. Por un proceso de evolución natural, la novela, pasó de la descripción enciclopédica del mundo o de las pasiones a la toma de posesión moral, poética, filosófica, metafísica de este mundo por una persona privilegiada: el autor. Más que su creación, es su visión personal la que nos importa, la expresión original y verosímil que a través de su obra, nos da del universo y de las relaciones que con él tiene. A este límite, donde triunfa la subjetividad, la novela como género desaparece para llegar a ser expresión pura.

Así es la nueva novela según Nathalie Sarraute. Robbe-Grillet, como ella, opina que una novela no puede resumirse en una intriga y unos personajes y que hace falta proclamar «la muerte del personaje» al par que la de las categorías psicológicas o filosóficas, el tiempo y el espacio, dentro de las cuales se le quiere enredar; pero quiere él romper con la evolución que lleva el



género a una subjetividad cada vez mayor. Quiere que el autor se olvide a sí mismo frente a lo que deja ver. Los personajes sirven de sustituto al autor: hay que quitarlos. Hace falta enseñar las cosas sin que sean a través de la verja de su personalidad. Para Robbe-Grillet, la novela debe ser el inventario escrupuloso, así como cae debajo de nuestro sentido, de este mundo que existe fuera de nosotros: mundo puro del objeto, mundo de la «cosa en sí». «La superficie de las cosas ha cesado de ser para nosotros la máscara de su corazón».

En realidad, la nueva novela no quiere ser ni una escuela ni un movimiento: es una novela que se busca. «A una nueva situación, a una nueva conciencia de lo que es la novela, de las relaciones que mantiene con la realidad, de su estatuto, corresponden formas nuevas sea cualquiera el nivel en que se establezcan, lenguaje, estilo, técnica, composición, estructura. A la inversa, la búsqueda de formas nuevas, al revelar nuevos temas, revela relaciones nuevas», afirma Butor en 1955.

La nueva novela no se puede encajar en unas reglas determinadas, no es una teoría, es una búsqueda: la novela

del siglo XIX valía para la vida de aquel entonces, pero ya es una fórmula vacía de sentido: «Sólo sabemos que la novela de hoy será lo que hagamos de ella, hoy, y que no tenemos por qué cultivar la semejanza con lo que era ayer, tenemos que avanzar más lejos», dice Robbe-Grillet. Según él mismo, la nueva novela no hace más que seguir una evolución constante del género novelístico y no se interesa más que por el hombre y por su situación en el mundo.

Se podría indicar como ejemplo de novela más representativo de éste movimiento:

ALAIN ROBBE-GRILLET: «La Jalousie», 1957.

MICHEL BUTOR: «La Modificación», 1957.

NATHALIE SARRAUTE: «Le Planetarium», 1959.

Tres novelas diferentes, de autores que muchas veces no están de acuerdo entre sí: son tres novelas claves de la llamada nueva novela, cuyo punto común es la búsqueda del hombre en sus relaciones con los demás y con el mundo a través de una forma literaria nueva que se busca ella misma.

Papeles Universitarios

Director: Rafael Ubeda Márquez

Consejo de Redacción:

Alfonso Cano García
Carlos Quereda Rodríguez - Navarro
Luis Rico Romero
Antonio Fernández Sáez

Dibuja: Ignacio Cubillas

Administración: C. M. Ysabel la Católica

Imprime: ANEL.

Universidad y libertad

Por el Prof. Granados Jarque

Cuántas veces, dentro y fuera de ella, se habla de la Universidad como de algo aislado, singular. Aislado experimentalmente, como en la Ciencia misma. La Ciencia, aísla los fenómenos y hasta las funciones; la respiración de la clorofila, la deja sin vida para estudiarlas a su vez divididas, por partes. Pero la Ciencia sabe de sobra que en la vida las funciones se dan juntas, inseparables. Lo que sucede en este aspecto es que la Ciencia anda escasa de conocimientos.

Pero por lo mismo no debe desconocerse que el fenómeno universitario se da conjuntamente con el juvenil dentro de una Sociedad con resultante histórica y coexistencia de generaciones que deben llegar a la convivencia para que, en efecto, exista regulación vital.

Más si en algo debe distinguirse la Universidad del ambiente en que vive es en que, sea cual fuere ese ambiente, la Universidad será siempre un destello de libertad y, en consecuencia, de personal humanismo frente a las limitaciones sociales. Por eso, el sentido de orden en la Universidad no podrá tener jamás la rigidez que esperan las esferas maduras y estancadas de la Sociedad, para las cuales la vida declina, frente a la nueva vida que se hace como ellas han preparado, pero no como ellas quisieran que se hiciera.

El orden universitario, que incluye nuevas directrices de vida en virtud de su libertad creadora, incluirá siempre la rebeldía. Es éste un factor con el que necesariamente debe contarse, encauzarse, pero que es inútil amordazar. La espita se abrirá a su tiempo y cuanto más contenida más tumultuoso será el caudal.

Y al hablar de rebeldía, no me refiero a la alegría bullanguera de la juventud, sino a la que necesariamente entraña toda creación. De la rebeldía de Galileo, de la de Huxley; de la rebeldía permanente de los creadores, que en un ambiente universitario puede encontrar la fructífera convivencia, pero que en la Cámara de los Lores, por ejemplo, máximo exponente de una permanencia estructural, puede encontrar la censura sangrienta, como la encontró Huxley del representante, no excesivamente caritativo, de la Iglesia de Inglaterra, que superpuso la conservación de unas concepciones que se deshacían, al espíritu de la Cristiandad que representaba.

Fuertes son las paradojas de los conservadores, pero fuertes son también las paradojas de los rebeldes irreflexivos.

Quizás resulte una paradoja el que, precisamente esta juventud de hoy, que tanto habla y estoy seguro que participa de la acción social, practique, como nunca se ha practicado, la evasión social, de una forma masiva que por eso resultará más estridente.

Esas formas musicales nuevas, que a muchos extrañan, aún cuando no dejan de tener cierta atracción, es indudable que llevan en sí esa comunicación de la evasión social, mejor dicho, de la evasión de una de las formas sociales superadas pero que todavía no han encontrado la sustitución adecuada. Frente a una engañosa ocultación de sentimientos, se presenta esa desgarrada, desgarradamente melódica pero intencionalmente sincera expresión del sentimiento individual que intenta comunicarse y compartirse.

Evidentemente, es ésta una evasión social distinta de la de los anacoretas o ermitaños de antaño, quizás sea una evasión social socializada.

No es la juventud universitaria distinta de la juventud en general, aun cuando en España pueda todavía, por anacronismo de estructuras, tener las características que corresponden a una clase dominante. Es sensible a las ideas logradas y realizadas en cualquier parte; cada vez va haciéndose más tenue la idea de espacio. Este fenómeno es mucho más notable en tiempos de crisis, y de crisis estructural es nuestro tiempo, en el mundo y de un modo especial en nuestra Universidad y en nuestro ambiente. Surge en consecuencia la rebeldía; no es necesariamente un desorden, es sencillamente la búsqueda de otro orden de valores, acorde con las nuevas ideas que se acercan a la realización pero que todavía la juventud tiene inmaduras.

Ese deseo amorfo y abstracto que inquieta a todos, puede encontrar en la Universidad el cauce libre para desarrollarse y ganar estilo. Por eso, la Universidad o el desorden universitario no es nunca un fenómeno aislado, sino el afloramiento del fenómeno que se desarrolla en el ambiente que sustenta la Universidad, y tanto más aflora dentro de ésta en un ambiente transitorio de restricción de libertad no sometido al terror. En un ambiente sin otros cauces de libertad que los inherentes a la corporación universitaria. Por otra parte tales ambientes son siempre transitorios, son meros diques de contención, de espera de la nueva estructura. Son normales en la Historia.

En 1531 cuando el Renacimiento apuntaba, circulaban todavía en España entera, las teorías y las ágiles e ingeniosas elucubraciones de

Erasmus de Rotterdam. Sus coloquios y su «Elogio de la Locura», circulaban de mano en mano, e igual en los conventos de monjas que en las estancias de palacio se leían con fruición estas producciones del filósofo, del que si dijo su contradictor el catedrático de la Universidad complutense doctor Diego López de Stúñiga, «que era un bávaro, harto de cerveza y de manteca», tenía a su favor ditirámicos elogios de no menos ilustres seguidores, entre los que se encontraban gran número de catedráticos de renombre y eclesiásticos de talla. No en balde apoyaban la limpieza y sabiduría de sus escritos personajes de campanillas, entre ellos el Arzobispo de Toledo, don Alfonso de Fonseca, y en la Corte, persona de tan destacada personalidad como el Canciller Gattinara, y hasta el mismo César, aquel Carlos V, de renombrada memoria, que no se había desdiseñado en escribirle y elogiarle.

Y era por entonces, por aquel año de 1531, Catedrático de Lógica en la Universidad de Valladolid, que había ganado por oposición y con gran éxito de votos, el Licenciado Cristóbal de Villalón, erasmista furibundo, que se había criado a la sombra del Arcediano de Alcor, aquel destacado autor de la «Silva Palentina» también entusiasta erasmista y al que había ayudado eficazmente en la traducción del «Enchiridión» de Erasmo que publicara en 1527, y diera tanto que hablar y discutir. El tal Licenciado no dejaba pasar un día en su Cátedra de Valladolid sin hacer continuas y elogiosas citas del filósofo bávaro, subrayadas con calurosas ovaciones de una numerosa pléyade de sus discípulos que profesaban sus ideas a los que había convertido a tales doctrinas, que tanto puede la labor de la Cátedra, con desesperación de otra serie de ellos que no comulgaban en tales ideas y que protestaban de continuo de aquellas disgresiones que nada tenían que ver con la asignatura.

Aquella Universidad muestra, en su época gloriosa, estaba abierta a las ideas y en su discusión y contraste intelectual creaba un ambiente alrededor de la Cátedra, verdadera forjadora de inteligencias que habrían de proyectarse en un siglo de oro para nuestras letras. Aún cuando la Cátedra ejercida por hombres de ideas y formadora de hombres de ideal, se alejara un poco de la lectura concreta y estancada de un disciplina para crear un ambiente de estímulo del pensamiento, de creación intelectual, que no es otra cosa una Cátedra Universitaria.



En aquel año de 1531, cuando en la Universidad española se tomaban con firmeza posiciones intelectuales de tono universal, que era decir eropeo; la clase de Lógica del Licenciado Villalón, el erasmista, se dividió en dos grupos, uno numeroso, formado por creyentes de la doctrina de Erasmo, y otro escaso, de prudentes discípulos, que no solo no comulgaban con aquellas ideas, sino que las rechazaban con indignación.

La discusión es la esencia de la formación universitaria. Por eso, cuando se suprime cuando en las clases se lee y se expone, pero no se discute, se llega a la decadencia universitaria. La Cátedra se convierte en una lectura estática, en una repetición rutinaria de un sistema que niega toda discusión. Y así, detrás del siglo de oro, consecuencia de la Universidad de oro anterior, abierta y ambientada, vino la decadencia y después la nada, la rutina, la ambición material de las clases cultas o pseudo-cultas, que no encontraban en los estudios sino la manera de concretar la aspiración a un cargo público o a una renta de la Corona.

La Cátedra sin duda arrastra, convence y forma, cuando la ejerce una persona fiel a sus convicciones, que orientan su explicación, que dan vida a su creación. Cuando tales convicciones no existen, cuando no existe un prisma personal que de orientación al trabajo, no existe otra cosa que la rutina. Pero puede suceder que esa convicción formativa, que existe siempre, no esté de acuerdo con la orientación ambiental.

Este es el caso de la evolución de la ciencia genética en Rusia. En el plano general de la Genética moderna cabe destacar una escuela que está en total desacuerdo con las ideas probadas de aquella; admite en principio, que el carácter externo o fenotipo puede heredarse en determinadas circunstancias, entrando a formar parte de los caracteres hereditarios de la especie, lo que está en contraposición con los principios básicos de la herencia mendeliana.

Esta postura, iniciada por Timiriazev, continuada después por Michurin y por Lysenko, fue desechada por Vavilov que como discípulo de Bateson conocía a fondo la ciencia y cultura occidentales. Pero en la Rusia Soviética la influencia occidental empezó a resultar sospechosa y gradualmente se fue corriendo un velo sobre la obra positiva que Vavilov realizó en Universidades y escuelas experimentales hasta 1939. Era necesario poseer una teoría genética interpretada por el Estado y se volvieron los ojos hacia Michurin. Este, aunque un experimentador hábil, era un científico de segunda fila; para poder sostener desde un punto de vista racional su pretensión de descubridor de nuevas plantas revisó la vieja teoría lamarkiana de que un cambio de ambiente ejerce una acción modificadora directa sobre la herencia.

En estas circunstancias se encontraba la Genética en Rusia cuando se hizo sentir un profundo cambio político en Europa, que sustentaba una teoría de raza con superioridad genética permanente de un grupo de individuos. Una fácil réplica consistía en rechazar la Genética y poner en su lugar una ciencia puramente rusa, proletaria y a ser posible marxista. Para ello fue necesario descubrir un nuevo profeta de la Genética soviética: Trofim Dennisovitch Lysenko.

Sus primeros pasos se refieren a una adaptación del trigo, al que se le han inducido mutantes mediante tratamientos especiales a climas más fríos del norte ruso. Sus experimentos tuvieron éxito y emprendió con eficacia la destrucción de la escuela de Vavilov. Al caer éste, Lysenko fue nombrado presidente de la Academia Lenin de Ciencias Agrícolas y director del laboratorio de Genética de la academia de ciencias.

Lysenko ha resumido en su libro «La herencia y su variabilidad» las nuevas ideas rusas que imperan en este sentido. En él define la herencia diciendo: «La herencia no es lo que la Genética extranjera

La Universidad será siempre un destello de libertad y, en consecuencia, de personal humanismo frente a las limitaciones sociales. Por eso, el sentido de orden en la Universidad no podrá tener jamás la rigidez que esperan las esferas maduras y estancadas de la Sociedad.

trata de hacernos creer, la propiedad en virtud de la cual lo semejante engendra a lo semejante; por el contrario, la herencia es la naturaleza, y la naturaleza es desarrollo. Podemos eliminar por tanto los descubrimientos extraviados de la Genética burguesa, son vulgares, añejos, e inaprovechables. Podemos dejar por sentado, sin necesidad de comprobación, que toda vez que los cambios ambientales modifican directamente la herencia, modifican también directamente el desarrollo de una planta o animal; es decir, puede cambiar el carácter de todos los descendientes de una planta o animal que haya sido debidamente tratado».

Estas directrices han seguido todos los Institutos de investigación genética en Rusia y aunque a veces han dado resultados prácticos, significan sin embargo un colapso de una parte importante de las bases científicas.

Después de la muerte de Stalin se abrió nuevamente la controversia y en 1955 Lysenko dimitió de su cargo de director de la Academia Lenin, volviendo a ser ocupados los puestos directivos en los Institutos de investigación por partidarios de la Genética clásica.

Las anteriores observaciones señalan, por un lado, que la falta de libertad en la exposición teórica no perjudica esencialmente el progreso técnico, pero anula todo progreso científico y hasta es capaz de sumir en el ridículo a toda una institución. y, por otro lado, que tales limitaciones sólo se manifiestan cuando ambientalmente existe

una limitación de la libertad y en el mismo grado en que esa libertad se halla condicionada en el ambiente.

Pero es todavía más importante observar que al fin la libertad universitaria se abre camino a través de la propia ciencia porque es consustancial con ambas. Es sencillamente cuestión de ser o no ser.

Y, en efecto, en los períodos en que tal restricción de la libertad de cátedra por imposición ambiental, se produce, ocurre también un colapso en la ciencia restringida. Así ha ocurrido en Rusia, con la Genética, por ejemplo, que es hoy la ciencia de más rápido y eficaz avance y en la que se suceden la concesión de Premios Nóbel como desde 1957 hasta el actual de Medicina.

Y en efecto es cierto también que en Trento brillaron nuestros teólogos, y que la influencia en el pensamiento del Vaticano actual corresponde totalmente a los que, con gran estima de la fe y de la claridad, continuaron pensando con libertad creadora, exponiéndose, incluso, a una dudosa condenación.

En la regulación de la influencia ambiental, o imposición ambiental sobre la cátedra se dice hoy que ésta debe limitarse a la exposición objetiva de la disciplina, confundiendo la objetividad formativa, con la neutralidad sin orientación, neutralidad que sólo es exigible cuando existe conflicto con la opinión ambiental dominante, pero no en caso contrario.

Mas si es cierto que en la exposición de la Química sin neutralidad, pues en la exposición sentida y vivida no puede existir neutralidad si existe orientación, es decir, en la exposición de la Química de acuerdo con una teoría aceptada o en vías de aceptación, que esto es lo que exige el avance universitario, exige incluso romper, como lo hizo Mendelejeff en sus maravillosas explicaciones de cátedra y como lo han hecho todos los innovadores a los que hoy debemos nuestra posición científica. Romper con la rutina ambiental. Pues bien, si es cierto que la exposición de la Química con fidelidad a una convicción tan sólo puede chocar con la reacción ambiental en países en vía de revolución como ocurrió en la Rusia soviética con la teoría de la resonancia, que no se acomodaba a la dialéctica materialista, o con las ideas genéticas de Vavilov, ya no ocurre lo mismo con las ideas económicas o filosóficas en países que o bien se aferran a formas inmutables o bien no han hallado todavía su camino institucional.

En estos casos también se pide objetividad al tratar estas cuestiones que rozan tal institucionalización y que quizás podrían dar luz sobre la misma y ambientarla libremente para que no resultara una mera imposición sin arraigo alguno.

Cuando al profesor de Lógica se le pide objetividad, se le está pidiendo esterilidad, porque se le quita la libertad, es decir la capacidad y posibilidad de ser fiel a sí mismo privada - públicamente. Se le quita la capacidad de ser sincero, sincero con su formación y su propia convicción. La capacidad de formar sinceramente dentro de esa sinceridad. Y es así, que en este caso es mejor el abandono de la Cátedra. El abandono voluntario, como el de la mayoría de nuestros filósofos. Mejor es el silencio que la ficción.

No niego que existan circunstancias en que la edificación de un nuevo pensamiento requiera un sedimento de unidad. Circunstancias claves que existen siempre después de una gran convulsión nacional o internacional. Pero siempre nos ha impresionado mucho aquellas palabras de la Carta 138 de San Agustín: «No es verdad eso que se dice de que cuando una cosa se ha hecho bien una vez ya no hay que cambiarla nunca. Pues la razón pide, por lo general, que cuando cambien los tiempos se cambie también lo que antes estaba bien hecho... Y así aunque ellos digan que no se obra bien si se cambia, la verdad anda gritando que solo se obra bien si se cambia. Pues dentro del cambio los dos extremos serán rectos si son conformes a la diversidad de los tiempos».

No siempre son los tiempos de emergencia. La emergencia no es nunca permanente. Y si en alguna ocasión conviene evitar toda discusión. Los tiempos cambian porque la libertad opera.

Si fue útil en alguna ocasión poner un dique a una filosofía operante, no es conveniente mantener ese dique para la filosofía naciente sumiendo a nuestra literatura, a nuestro teatro, en la más desesperante inoperancia.

Y es más, en estas condiciones, cualquier disciplina del espíritu en una Universidad sin libertad de espíritu, resulta totalmente inoperante. Introduce una enseñanza religiosa y la enseñanza religiosa muere, introduce una orientación política y se dirige a la inanición, y aún con criterio de la filosofía de los años treinta se introduce una educación física y se vuelve formularia. Mas cuando se intenta vitalizar la enseñanza religiosa poniéndola al día con los problemas actuales, surge el conflicto porque, debe necesariamente surgir la discusión al surgir la vida. La única solución viable es nuevamente el silencio, la esterilización de la Cátedra. Más vale, al parecer, la indiferencia religiosa ante las Cátedras de Religión forzadas y obligatorias, que la discusión libre, voluntaria, vital y vivificadora de los seminarios no sujetos a las reglas de un programa rutinario.

Esta es la influencia del ambiente cerrado sobre la Universidad que sustenta. En ese ambiente, la Universidad se convierte en una continua ficción intelectual en la que cada profesor tiene que escamotear al alumno lo más preciado de su labor de maestro, precisamente su dirección humana e individual que ha logrado para sí y que es lo que tiene el compromiso moral de transmitir a los demás.

Si no se da ese ambiente de seguridad que garantiza la libertad individual y en consecuencia la libertad de Cátedra, de toda cátedra, se tendrá técnica, quizás, se desarrollará alguna ciencia, quizás, pero fallará el espíritu. Así lo ha entendido la Iglesia, mejor, así es el sentir de la Iglesia, que en la pérdida de poder de la edad contemporánea, ha ganado en libertad y en consecuencia en riqueza de caridad de que está haciendo gala en el Concilio de nuestro tiempo.

Concilio en el que impera la libertad y que usa de la información como jamás asamble alguna ha usado. Concilio, que por libre se duele del silencio.

A todos nos duele la Iglesia del silencio.
A muchos nos duele el silencio de España en la Iglesia.
Nos duele el silencio.

LA CHANCA

NOTA DE LA REDACCION

Miseria, hambre, injusticia. He aquí tres morbos universales. He aquí, también, tres palabras que pueden quedar vacías de contenido si las utilizamos sólo como palabras. El dolor, sí, todos sabemos qué es. Pero mi dolor —el sufrimiento que me produce la realidad encubierta por la palabra dolor cuando se localiza en una región de mi anatomía— es algo muy distinto. Sólo entonces somos conscientes de que la palabra es un simple valor de cambio, que su valor no radica en ella, sino en la realidad que encubre.

El trabajo que insertamos a continuación es una concretización de tres palabras —miseria, hambre, injusticia— con las que hoy se juega a hacer política o a ensayar demagogia. Es, en suma, el contenido **hecho vida** del dolor; el otro haz, el verdadero, del vocablo que, en el mejor de los casos, empleamos, ignorándolo, en charlas de café.

«La Chanca». No es un epígrafe literario. Con este nombre se designa un suburbio de Almería (80-100.000 habitantes) en el que «viven» 25.000 **personas**. Pero La Chanca es sólo un «punto doloroso» de la dolorosa anatomía de nuestro mundo. No hay que insistir sobre lo que salta a la vista.

El P. Marino Álvarez Mínguez, sociólogo y párroco de La Chanca, sólo ha pretendido en su breve trabajo desgranar unas cuantas cifras que suman la miseria y el hambre de unos miles de hombres. El resto, hasta 30 millones, representa la suma de nuestra injusticia.

LA CHANCA

- «miseria achicharrada»
- «gran sombra en la Costa del Sol»
- «donde los hombres viven como topos»
- «niños y hombres en condiciones INFRAANIMALES»
- «no ha nacido hijo de mujer que pueda trasladar lo visto al papel».
- «el suburbio más pobre de Europa».
- «el sub-mundo de LA CHANCA»

HECHOS:

La elocuencia de unos números: **VIVIENDA:**

Cuevas	Chabolas	Cuevas-vivienda	Viviendas insalubres	TOTAL
442	40	83	923	1.488

I.—VIVIENDAS Y FAMILIAS:

- VIVIENDAS, dígase alojamientos... .. 1.488
- AGRUPACIONES FAMILIARES 1.565

Gran predominio de las FAMILIAS NUMEROSAS sobre todo el resto de la capital.

- Media de la composición familiar: LA CHANCA... 5 miembros
- Media de la composición familiar: Normal... .. 3,7 »

Los 1.565 agrupamientos familiares, a 5 miembros, dan 7.825 habitantes que forman La Chanca de La Chanca.

Preguntas indiscretas:

- ¿Cómo son las viviendas para familias NORMALES?
- ¿Cómo los «AGUJEROS», chabolas..., de La Chanca?
 - construcción
 - capacidad

II.—NIÑOS NO ESCOLARIZADOS:

Edad, años	Total
4-5	283
6-16	475
13-14	75

Total 933

NOTESE MUY BIEN:

Al tratar de cuantificar estos datos se han encontrado grandes dificultades por temor a las sanciones oficiales que deberían estar en vigor EFECTIVO.

Estos datos son MUY POR DEFECTO.

III.—LOS NIÑOS QUE TRABAJAN:

No ha sido posible cuatificarlos.

En cuanto son mayores de 10 años causan baja muchos en la Escuela para colocarse. Otros se colocan sin haber pasado por la Escuela Primaria.

UN MARTIR DEL TRABAJO a los 12 años. Murió aplastado por un camión cuando prestaba sus trabajos como obrero.

«HAY QUE LUCHAR por conseguir la prohibición del trabajo de los niños, mientras estén obligados a la asistencia a la Es-

cuela. Estimo que este trabajo es UN CRIMEN MONSTRUOSO DE NUESTROS TIEMPOS (1864). Lo considero UN ASESINATO A FUEGO LENTO del cuerpo y del alma del niño». Así, el Obispo Combativo, Ketteler, contemporáneo de Marx.

IV.—ADULTOS ANALFABETOS:

Desde los 15 años en adelante se han declarado ellos mismos ANALFABETOS TOTALES O DE PRIMER GRADO el 45,7%.

Los que saben **dibujar** la firma entran en el porcentaje.

Hoy en Europa se trata de analfabetos de 2.º grado, cuando se habla de alfabetizar.

También aquí el porcentaje es por defecto.

V.—TRACOMA: Enfermedad endémica de los ojos:

Años:	1954	1958	1961	1964
Enfermos:	240	24	28	584

NOTA BENE: Los datos de 1954-58-61, están tomados de la Reseña Estadística. Los datos de 1964 han sido facilitados por Sanidad

En la capital y provincia de Almería, y en España, se dan también otras «Chancas». Aquí, en nuestra provincia, se han dado, dicen, cabezas de bombas atómicas. Pero lo más grave es que en Almería, **nunca, nunca pasa nada**. Esto sí que es grave de verdad.

Una «demagogia» elocuente: LOS HECHOS NUMERICOS MUY RECORTADOS. Así, en 1966.

Una «moraleja»: LA DE MI PROPIA RESPONSABILIDAD COMO UNIVERSITARIO ANTE LOS HECHOS MORALES, RESPONSABILIDAD QUE HE DE HACERME YO MISMO, CONCRETA, **COMPROMETIDA**.

Marino ALVAREZ MINGUEZ



EL CONOCIMIENTO DE DIOS

por Cándido Pozo, S. I.

Para muchos de nuestros contemporáneos el mundo se ha hecho opaco para, a partir de él, conocer a Dios. Paralelamente a esta nueva situación hay un nuevo estado de conciencia del problema entre los teólogos. Y lo notable es que el cambio de toma de conciencia del problema se ha realizado en un espacio de tiempo extraordinariamente breve. No hace más que quince años el conocido teólogo dominico R. Garrigou-Lagrange escribía todavía en una de sus obras verdaderamente clásica: «Los teólogos niegan comúnmente la posibilidad de la ignorancia o del error invencible con respecto a la existencia de Dios, es decir, el ateísmo especulativo no es posible a un hombre que tenga uso de razón y sea verdaderamente de buena fe». Y citamos a Garrigou-Lagrange, como podríamos haber citado a cualquier otro teólogo de su generación. Precisamente su testimonio apela a una convicción común de los teólogos. Se partía del supuesto de que los argumentos de la existencia de Dios son tan abundantes y tan evidentes, que su peso tiene que imponerse a todo hombre de buena voluntad.

Pero pronto, con gran rapidez, se escuchan, cada vez más alarmantes, voces que hablan de un fenómeno masivo de ateísmo. Charles Moeller ha escrito: «el ateísmo que durante siglos había sido excepción, se ha convertido en regla». Naturalmente, este hecho obliga a evitar apreciaciones demasiado globales sobre la imposibilidad de ateos de buena fe; siempre que existe un hecho masivo es difícil suponer mala fe en todos los incluidos en él.

Es verdad, sin embargo, que el fenómeno no está suficientemente estudiado. ¿Se trata, en esa masa, de ateos teóricos, ateos en lo especulativo, o meramente de ateos prácticos, que prescinden en su vida de Dios? Se pueden recoger testimonios, especialmente en casos de convertidos, que afirman haber sido ateos teóricos —no meramente prácticos— y que afirman la buena fe de su actitud anterior. Pero, en todo caso, lo que así puede reunirse es demasiado limitado para permitir formar un juicio sobre la magnitud del fenómeno de un ateísmo especulativo, dentro de la masa que vive ateísticamente.

Intentos de estudio de la situación de la masa apenas se han hecho. Quizás el campo, donde se ha realizado un esfuerzo más serio de investigación, sea el mundo del trabajo. I. Rosier ha estudiado la situación en España, Francia, Alemania, Holanda y Austria en un largo espacio de tiempo; el fruto de su trabajo lo ha recogido en dos amplios volúmenes, que llevan el expresivo tí-

tulo de «Yo buscaba la ausencia de Dios». Ya el título prelude la conclusión fundamental de la obra: «mirado en conjunto, el mundo del trabajo no es ateo, incluso cuando habla ateamente. En el fondo del alma yace la fe en Dios. Ciertamente que está profundamente sacudida, frecuentemente también está oculta con una cierta vergüenza, pero en realidad existe». La conclusión puede parecer bastante optimista. Pero no hay que hacerse demasiadas ilusiones sobre ella. Aunque la fe en Dios siga existiendo en el fondo del alma de los trabajadores, tiene carácter masivo una actitud de indiferencia, por lo demás, segura de sí misma. Ambientalmente esto es también verdad más allá del mundo de los trabajadores— se orienta y constituye fuera de Dios; y no se olvide que el ambiente arrastra a la mayoría. Como observa el comentarista de la obra de Rosier en la revista suiza «Orientierung», «tendría también que haber sido subrayado más fuertemente que puede ser que en absoluto el trabajador como individuo sea todavía creyente, pero la masa es decreída y propaga el ateísmo. Contra esta propaganda, que utilizan los medios técnicos de la moderna difusión de ideas, el individuo no sale a flote». Lo trágico de la situación es que toda actitud ambiental, aunque comience siendo meramente actitud, tiende a convertirse en mentalidad. En virtud de esta ley psicológica existe el riesgo de que en un espacio de tiempo relativamente breve el ateísmo práctico se convierta en teórico.

Por muy grave que sea esta situación, la Iglesia católica afirma, frente a ella, que el mundo puede y debe seguir siendo punto de partida para conocer a Dios. No pretendo exponer aquí las pruebas tradicionales de la existencia de Dios, sino explicar el sentido del principio claramente expuesto en la historia del cristianismo desde San Pablo: «desde la creación del mundo, lo invisible de Dios,

su eterno poder y su divinidad, se hacen visibles a la inteligencia mediante las creaturas» (Rom 1, 20); hasta los Concilios Vaticanos I y II: «La santa madre Iglesia tiene y enseña que Dios, principio y fin de todas las cosas, puede ser conocido con certeza a partir de las cosas creadas por la luz natural de la razón humana».

Este convencimiento de que Dios puede ser conocido a partir de las creaturas ha sido constantemente rechazado por el protestantismo clásico. En el planteamiento ordinario del problema la raíz está en su pesimismo sobre el hombre como consecuencia del pecado original. Sí, nos dirá con San Pablo la teología protestante clásica, en la creación lo invisible de Dios se hace visible; en el mundo se refleja la imagen de Dios; pero el hombre, corrompido por el pecado original, es incapaz de percibirla. Son interesantes las expresiones duras, con que ya la «Formula Concordiae» describe el pecado original como un «íntima, pésima, profundísima (como un abismo), inescrutable e inefable corrupción de toda la naturaleza y de todas sus fuerzas, ante todo de las facultades superiores y principales del alma, en la mente, el entendimiento, el corazón y la voluntad. Así, pues, después de la caída, el hombre recibe de sus padres hereditariamente una fuerza mala congénita, una interna impureza del corazón, malas concupiscencias y malas inclinaciones, de modo que todos tienen, derivados de Adán hereditaria y naturalmente, tales corazones, tales sentimientos y pensamientos, que según sus mayores fuerzas y según la luz de la razón, naturalmente luchan contra Dios y sus sumos mandamientos y son enemigos de Dios principalmente en lo que se refiere a las cosas divinas y espirituales. Pues en las otras cosas externas y de este mundo, que pertenecen al campo de la razón, le queda al hombre algo de entendimiento, fuerzas y facultades, aunque estas reliquias mi-



5. I.

se ha-
dante
ta los
santa
Dios,
, pue-
tir de
ral de

s' pue-
aturas
lo por
antea-
a raíz
homo-
lo ori-
la teo-
crea-
e visi-
nagen
mpido
az de
resio-
a Con-
nal co-
dísima
e inele-
za y
de las
es del
nto, el
, des-
be de
fuer-
pureza
cias y
todos
ditaria
tales
ue se-
la luz
contra
y son
en lo
y es-
as ex-
necen
l hom-
zas y
as mi-

serables son muy débiles y, por cierto, ellas mismas, tan pequeñas como son, están infectadas y contaminadas de veneno por aquella enfermedad hereditaria, de modo que ante Dios no son de algún valor».

Y ésta sigue siendo todavía hoy la razón fundamental de la oposición del protestantismo ortodoxo a la Teología natural, al conocimiento natural de Dios a partir de las creaturas. Baste citar unas palabras de E. Brunner: «La semejanza (entre Dios y las creaturas) no es el fundamento de una 'theologia naturalis', porque la razón pecadora entiende esta semejanza siempre falsamente sin la radical desemejanza, que está fundada en el ser Dios solamente, en el ser de Creador y Señor, de Dios». Por eso, Dios sólo puede ser conocido en la fe. En una fe que es don exclusivo de Dios, y que, por ello, carece de soporte humano. Aunque sean palabras de un extremista, dentro de la teología protestante, R. Bultmann expresa una idea típicamente protestante al exponer el principio de destruir «toda falsa seguridad y todo falso deseo de seguridad que podría tener el hombre, ya sea que esta seguridad se funde en sus buenas obras o en un conocimiento firme de sus constataciones. El hombre que quiere creer en Dios como en su Dios debe saber que no tiene nada en sus manos sobre lo que pueda hacer reposar su fe; que debe, por decirlo así, verse suspendido en el aire y no puede reivindicar ninguna justificación de la verdad de la Palabra que se le dirige». En este sentido, el protestantismo implica un fideísmo.

El catolicismo se opone decididamente a esta concepción, porque piensa que la fe tiene que ser un «obsequio conforme a la razón»; ello presupone un conocimiento cierto de la existencia de Dios y una investigación del hecho de la revelación para que conste al hombre que Dios ha hablado; Dios, por su parte, quiso «que a los auxilios internos del Espíritu Santo se juntaran argumentos externos de su revelación, a saber, hechos divinos y, ante todo, los milagros y las profecías que, mostrando de consumo luminosamente la omnipotencia y ciencia infinita de Dios,

son signos certísimos y acomodados a la inteligencia de todos, de la revelación divina».

Por otra parte, el catolicismo defiende una visión optimista del hombre y de sus fuerzas, aun después del pecado original. El hombre con solas sus fuerzas naturales puede conocer la existencia de Dios y los motivos de credibilidad existentes a favor del origen divino de la religión cristiana.

El católico tiene fe en el hombre. Aunque hoy el mundo se haya hecho opaco para muchos de nuestros contemporáneos en orden a conocer a Dios, el católico está convencido de que la sensatez del hombre la llevará a la larga a no admitir un mundo sin sentido, como sería un mundo sin Dios.

Más radical es la oposición de K. Barth a la posibilidad de un conocimiento de Dios a partir de las creaturas. Para él no es sólo la impotencia del hombre, corrompido por el pecado ori-

puede uno hacerse católico. Con lo cual me permito al mismo tiempo considerar todos los otros motivos, que se pueden tener para no hacerse católico, como cortos de vista y no serios».

Las consecuencias de esta posición de Barth son gravísimas. La teología protestante clásica, al rechazar el conocimiento natural de Dios, se refugia en el conocimiento de la. Dios nos ha hablado de Sí mismo en el mensaje cristiano: «Después de haber hablado Dios en los tiempos pasados muchas veces y de diversas maneras a nuestros padres por los Profetas, en estos últimos tiempos nos ha hablado por su Hijo» (Hebr. 1, 1s). Como es obvio, para hablar a los hombres, Dios ha tenido que usar las palabras y conceptos de los hombres. Pero, si para Barth no hay semejanza alguna entre lo creado y Dios, nada puede conocerse de Dios a través de las palabras humanas de su mensaje. Barth lo reconoce así; hablan-

El mundo del trabajo no es ateo, incluso cuando habla ateamente. En el fondo de su alma yace la fe en Dios. Pero ambientalmente, su mundo se orienta y constituye fuera de Dios; y no se olvide que el ambiente arrastra a la mayoría.

ginal, para descubrir el testimonio que Dios dejó de Sí mismo en la creación, lo que impide ese conocimiento, sino más radicalmente la no existencia de semejanza entre Dios y la creatura: la creación no puede ser punto de partida para conocer a Dios, porque no tiene semejanza alguna con El. No hay «analogía» entre Dios, porque no tiene semejanza alguna con El. No hay «analogía» entre Dios y la creatura. La distancia infinita que separa a Dios de la creatura —distancia que no impide que en ambos se verifiquen conceptos comunes, aunque de modo diverso (Dios existe y la creatura existe, aunque existan de modo distinto)— se convierte para Barth en total oposición. Barth llega a llamar a la «analogía del ser», la invención del Anticristo: «Yo tengo a la analogía entis por la invención del Anticristo y pienso que a causa de ella no

do del mensaje de Dios, comenta: «Por tanto, no un mensaje religioso, no noticias e instrucciones sobre la Divinidad o la divinización del hombre, sino mensaje sobre un Dios, que es totalmente de otra manera, del que el hombre, en cuanto hombre, nunca sabrá ni tendrá nada». Pero entonces, la fe no puede ser aceptación de unos contenidos reales, en los que realmente se cree. Barth ha escrito. «Esto es la fe: el respeto ante el divino incógnito». Y ciertamente con ello no ha hecho sino sacar las consecuencias lógicas de su sistema. E. Brunner lo advertía al escribir: «La semejanza de la palabra humana con la divina es el presupuesto para que pueda darse testimonio de la Palabra de Dios. [...] La semejanza, que, sin embargo, no suprime la absoluta desemejanza, es también la posibilidad de la revelación y del conocimiento de Dios».

El sentido común se resiste a pensar que Dios haya querido hablarnos con palabras humanas, si con ellas nada nos comunicaba, que pudiera ser entendido por nosotros. Por el contrario, el mensaje de Dios, al comunicarnos conocimientos válidos, aunque imperfectos sobre El, refuerza la debilidad de nuestro conocimiento natural de Dios, y lo amplía descubriéndonos el misterio de su vida íntima, que nuestra mente jamás hubiera llegado a sospechar. Abrirse al mensaje, ser oyentes de la palabra que Dios nos dirige, es lo que constituye el acto de fe. El sentido del movimiento de la fe es así de fuera a dentro: una palabra que se nos dice desde fuera, para que interiormente la aceptemos.



carta a rafael alberti

«Permanezco en mi sitio, por ahora,
soñando en este día, como tantos
otros de tantos otoños,
la feliz primavera del regreso»

(R. Alberti: El Regreso)

Tuvimos, tú lo sabes, una primavera corta
que yo no ví,
un atroz verano de gritos y pistolas
que yo no ví,
que yo no ví y tú sí,
rafael; eras primavera
que querían secar.
Un tremendo otoño de hojas que se caen,
de frutos que se secan,
un infernal otoño con vientos de fusiles
y lluvias de mortero,
y nuestra bella primavera se fue
comino de otro otoño.
Desde entonces, rafael
solo invierno,
frío invierno de silencio.
Un mar negro,
amenazante, ha golpeado,
una y otra vez, a hombres
que lo esperaban azul,
a hombres que esperaban
la caricia de una lengua suave.
Han pasado muchos años de invierno,
muchos jóvenes hemos llegado
a vivir la edad

laudelino
gil

en que se siente primavera:
el canto siempre listo
en la garganta.
un balcón abierto al mar
en cada ojo.

Nuevas muchachas han sentido
correrle nueva savia entre las piernas.
Hemos pasado la edad
en que se siente primavera,
sin sentirla.

Rafael, este frío invierno de España
he cerrado a cal y canto
los balcones en mis ojos,
ha convertido en mi garganta
el canto en un ronco aullido de lobo,
las muchachas han vendido su savia
ya casi seca.

Todo, todo, lo ha matado el invierno.
Rafael quisiera abrirte el pecho
y ver si en tu corazón queda alguna hoja verde
Quisiera saber si has conseguido
brotar la primavera en otras tardes.
Rafael, no puedo hablarte
de una primavera con pájaros
y flores:
el frío invierno de España
ha convertido en bramido
la voz en mi garganta.



obertura

Pocas fotografías son tan impresionantes como ésta. Muy pocas. La idea es fija, envolvente, no susceptible ante meras figuras de dicción. Todo lo lineal es absurdo aquí. ¡Es tan difícil y tan «muerto» alinear en fila lógica lo que se mueve en círculo! Lo ha dicho Unamuno. De un momento a otro, el héroe levantará la cabeza. Pero no ahora. Ahora tiene que mirar hacia abajo, encogerse, acomodarse a la fastuosidad inherente al ciclo e intentar superar cuanto antes la grandiosa debilidad que le produce su sensual consciencia. Por ahora hay que conformarse con mirar sin ver, no sentir por sentir demasiado, tener pesadez, somnolencia..., miedo.

También el TORO es fijo, envolvente, telúrico en su mítica presencia, inmortal, religiosamente cruel, totem de estúpida mirada, juez, testigo y actor del ciclo de ciclos.

El gran coro ocupa los círculos concéntricos superiores. Grita. Espera. El TORO también. Y el TORERO.

Hay que levantar la cabeza. La luz le dará ahora en la cara. Ya.

José García Sánchez

Ideas sobre la serenidad cinematográfica

El cine es el arte que se encuentra más cerca de la vida, por ser ésta aprehendida, o mejor habría que decir contemplada, tal y como es (aunque no toda ella sino una parte: selección de realidad) por un autor en unas imágenes. Tendencia hacia un documental de la verdad que no podría existir en teoría, desde el momento en que unos ACTORES se colocan ante una CÁMARA. Cámara, actores y selección de la realidad que son los artificios que nos distancian de la verdad-verdad que pretende captar. Por otra parte, todo arte vive a través del artificio, y sin él cual no podría existir. Y por su parte, el cine no es sino a través de esa cámara que recoge las vivencias de esos actores. No puede pues concebirse un cine sin cámara y sin acotación de la realidad. Lo que sí se puede es pretender disminuir este artificio, llegando hasta una captación más abierta de la vida.

Esta última concepción del cine, que tiende a alejarse del artificio, es fundamental hoy en el cine moderno, y no es otra que la de la serenidad cinematográfica. Es a ésta concepción de cine total, abierto, limpio, tranquilo en cuanto que las imágenes se suceden sin ninguna brusquedad, a la que pretendo acercarme, teórica y emocionalmente mediante este artículo.

El término serenidad quiere decir: «claro, despejado de nubes o nieblas. Apacible, sossegado».

Claridad que se da en primer lugar cuando el autor cinematográfico, en un acto de lucidez, coloca la cámara en el lugar desde donde puede ser apercibida, o mejor, —repito—, contemplada (pues es este tono de cosa contemplada desde afuera el que me interesa hacer resaltar) la vida de esa escena, sin forzar ni a los actores ni a los objetos, ni sus relaciones internas. Adapta la cámara a la realidad. No al contrario. «Los directores jóvenes exageran. Para filmar la entrada de un individuo colocan la cámara bajo la mesa, buscan montones de maneras. Mientras que en realidad no existe más que una manera de filmar eso: usted hace entrar al hombre en la habitación (...). Es todo. Ruedo esa escena en dos minutos». Y esto que dice Raoul Walsh no es en defensa de la simplicidad por ser más fácil. Todo lo contrario. Contestando a este problema, Anthony Mann dice: «Una vez, hace ya muchos años, Lubitsch me dijo algo estupendo: hay mil sitios donde se puede colocar una cámara, pero sólo hay uno verdaderamente correcto y, si puede encontrarse ese lugar privilegiado, el resto es muy fácil, la acción, los actores, todo resulta fácil». En realidad, en la vida cotidiana no hay por qué decir «negarse a entregarse a la noción de Baco», teniendo en castellano un verbo que nos expresa eso mismo pero claramente, como es no emborracharse.

La serenidad podría definirse como la colocación de la cámara lo suficientemente bien lejos como para que apreciemos «todo» lo que debamos o necesitemos ver, pero de una manera fluida

y continuada, y en posar la cámara sobre rostros y objetos el tiempo suficiente (sosiego) a fin de que ellos mismos delaten su presencia, y lleguemos a conocerlos sin forzar la cámara para descubrirlos.

Este cine sereno está muy cerca del teatro, en tanto en cuanto lo que vemos lo vemos desde afuera y de manera continua. Pero es el escenario natural, la cámara que sigue a las personas, la sobriedad en la interpretación, los sonidos naturales, la luz natural, el precisar sobre un cuerpo o un objeto lo que le da una dimensión completamente diferente. Ahora bien, en un punto de partida son idénticos ambos artes.

La planificación tiene la tendencia a identificarse con la mirada objetiva del realizador, que narra y mira desde afuera la historia que cuenta. Mirada que selecciona de la realidad aquello que le permitirá conocer mejor lo que sucede a su alrededor. Mirada que no fracciona lo que tiene ante la vista para pasar a contemplar lo que tiene a su izquierda o a su espalda. Planificación retirada del actor, hasta dejarlo encuadrado en un plano americano (hasta las rodillas), rodado en plano-secuencia (toda la secuencia en un solo plano),

“Creo que la película ideal es una película donde no se percibe la mano del director, donde nunca se da una cuenta de que el director hizo nada de manera deliberada, aunque tiene que hacerlo todo deliberadamente. Esto es la dirección.” (Otto Preminger)

que nos permite mirar las cosas desde afuera, en un intento de contemplar la realidad de una manera absoluta, y lo que es muy importante, verlo todo sin necesidad de fraccionar el mundo o quebrar su unidad natural como diría André Bazin.

Es fundamentalmente en esta conservación de la unidad o de la continuidad de una secuencia donde radica, más que en la planificación lejana (aunque es en la fusión de ambas cosas en donde se encuentra la madurez total), la fuerza de este cine. Hay momentos que no se pueden fraccionar, que necesitan ser captados en toda su extensión, a fin de que no se les vea el artificio, a fin de que tengan esa dimensión vital de lo cotidiano. Un ejemplo es la escena inicial de «Vivre sa Vie», en el bar, en donde Godard recoge a dos cuerpos de espaldas en la barra, hablando. Y es el sonido de sus palabras, el murmullo de la otra gente en el bar, el tintineo de vasos, tazas y platos al ser colocados sobre la barra o al fregarlos, pero sobre todo, la duración de esos cuerpos de espaldas, que se mueven y charlan como dos clientes de un bar cualquiera, lo que da ese tono de verdad-verdad a la escena. «Obtengo un realismo teatral. El teatro, él también, es un bloque que no se puede retocar. El realismo, de todas

formas, no es nunca exactamente lo real y el realismo del cine está truco obligado obligatoriamente. Yo alcanzo el teatro también por la palabra; en mi película (Vivre sa Vie) se debe escuchar a las personas, tanto más cuanto que con frecuencia están de espaldas y uno no se distrae con sus rostros. El sonido es lo más realista posible. Me hace pensar en los primeros films hablados...» (Godard).

III

El montaje es el mayor peligro con el que se tropieza para la consecución de la serenidad. Todo montaje o fragmentación de la realidad, evidencia la presencia de alguien entre nosotros y lo que sucede ante nuestra vista, en la pantalla. Es otro artificio más, muy diferente de la aceptación de la realidad que anoté antes. Pero a pesar de todo, el montaje es algo a lo que necesariamente hay que recurrir, teniendo en cuenta que no se puede hacer una película en un solo plano de secuencia, porque no puede prepararse un plano de hora y media, en el que los actores entran y desaparecen, las personas que andan por la calle no se paren a mirar, y la cámara corra por las calles, suba escaleras, y cuente una historia en movimiento. Ante esta imposibilidad, el rodar una película en un solo plano sería de resultado infinitamente más artificioso que el que se produce con el montaje. Además, en una película se cambian de escenarios, se vuelve al pasado, se eluden trozos de tiempo... Y ni una película que conservase el sentido del tiempo como «Cleo de 5 a 7» podría realizarse de esta manera.